

Retos de la sociedad vasca, y en especial del nacionalismo tradicional tras el cambio de gobierno.

No cabe duda de que la nueva mayoría parlamentaria y el nuevo gobierno vasco suponen un cambio en la política vasca. Aunque nos equivocáramos si creyéramos que ya está todo hecho. Todavía queda muchísimo por hacer. Todavía sigue siendo, por ejemplo, necesario molestar a medios de comunicación extranjeros y a políticos extranjeros explicándoles cuál es la realidad de la política española y vasca, pues demasiados son los que siguen enmarañados en el lenguaje de los nacionalistas radicales incapaces de romper amarras con ETA.

Pero no sólo se trata de periodistas y políticos extranjeros. El cambio en la misma Euskadi no es algo hecho. El verdadero cambio que es necesario en la sociedad vasca es un cambio de cultura política, a lo que, sin duda, el cambio de mayoría parlamentaria y de gobierno puede contribuir, pero que no lo agota.

Y lo primero que debemos tener en cuenta es que el cambio de mayoría en el Parlamento vasco y el cambio de gobierno no son hechos aislados, sino que se entroncan en una serie de acontecimientos que no debiéramos olvidar en ningún momento. El contexto en el que se produce el cambio político actual es el contexto formado por el pacto por las libertades y contra el terrorismo firmado por el PSOE y el gobierno de Aznar, la Ley de partidos políticos, consecuencia de aquel pacto, la caída del mito de la imbatibilidad de ETA de la mano de los dos hechos anteriores, la resistencia de elementos de la sociedad civil ante el nacionalismo y sus pretensiones de representar al conjunto de la sociedad vasca, el fracaso del proceso de paz, y el papel que las distintas asociaciones y organizaciones de víctimas del terrorismo han tenido en todo ello.

Se me ha pedido que aporte algunas reflexiones sobre el reto con el que se encuentra el PNV después del cambio de gobierno. Sin desatender la petición que se me ha dirigido, me gustaría presentar algunas reflexiones sobre los puntos siguientes:

- una pequeña introducción para hablar de la relación entre la libertad y la seguridad, entre la identidad y la seguridad, y para hablar de la incapacidad para el duelo que ha puesto de manifiesto la mayoría de la sociedad vasca
- en segundo lugar quisiera reflexionar sobre la necesidad que veo de que la sociedad vasca se ponga ante el espejo y se haga algunas preguntas
- en tercer lugar analizaré el problema de lo que llamo discursos acomodados
- y al final me centraré en el tema del dilema del nacionalismo
- para terminar con algunas conclusiones

1.- Vivimos en una sociedad que ha producido un tipo de política en el que se valora una forma muy concreta y, en mi opinión, peligrosa de la coherencia: *yo siempre he dicho lo mismo, nosotros no cambiamos de ideas, seguimos en el mismo sitio en el que estábamos hace treinta años*, frases como éstas ponen de manifiesto una idea de coherencia que se contrapone a otro de los grandes mitos de la política vasca, el diálogo. Pues éste, el diálogo, no es posible sin disposición a aprender. Y no hay aprendizaje posible, aprendizaje en las cuestiones que afectan a los temas serios, sin cambios. Aprender, dialogar, e incluso vivir, sólo se puede a partir de la disposición a cambiar. ¿Para qué se va a dialogar si lo que vale es quedarse con el pensamiento de siempre, con la idea que se ha mantenido siempre, con las convicciones profundas de siempre?

Dialogar significa estar dispuesto a aceptar algo del otro con quien se dialoga, avanzar hacia algún punto no conocido gracias a las ideas y visiones del otro. Y vivir es cambiar. Las cosas inertes no cambian, permanecen siempre idénticas a sí mismas. Es equívoca la contraposición de principios y de cambio: quien no está dispuesto a cambiar, no se mantiene en sus principios, sino que los traiciona porque los vuelve insignificantes para las situaciones cambiantes. Se atribuye a Séneca el siguiente dicho: *propositum mutat sapiens ac stultus inhaeret*, su ideas las cambia el sabio, mientras que el estulto permanece adherido a ellas.

Algo parecido vale para el deseo de seguridad: los cambios producen inseguridad en general, pero también se equivoca quien cree que oponerse a los cambios es fuente de seguridad, porque lo único que consigue es que al final el cambio se produzca como revolución, de forma traumática. Una cultura política basada en la identidad como eje principal, y ello con una rigidez de principios muy grande es una cultura política que se contrapone al diálogo, a la vida, a los cambios necesarios para que la seguridad no encorsete e tal forma la libertad que ésta no encuentre otro camino que el de la sacudida brutal para hacerse oír.

La seguridad necesaria para la libertad no está opuesta al cambio, sino que la necesita. Una política de la identidad cerrada sobre sí misma es contraria a la libertad, pues se cierra al cambio y al pluralismo, pues cambio significa que puede ser de otra forma. Es algo que queda bien expresado en la frase de John Dewey, quien escribía que lo que más se necesitaba en su tiempo era creatividad e innovación, para lo cual era precisa la crítica, especialmente la autocrítica. No puede la tan ansiada y predicada innovación sin autocrítica, especialmente de la tan afirmada identidad.

2.- El reto principal que tiene la sociedad vasca es la de colocarse ante el espejo para preguntarse dónde ha estado estos largos años de vigencia del terrorismo de ETA. Dónde ha estado y por qué ha estado donde ha estado. Es cierto que la respuesta a la segunda pregunta es el miedo, pues la razón de ser del terrorismo es la de utilizar la violencia discriminadamente para provocar miedo generalizado.

Pero así como el miedo puede explicar el comportamiento ante las consecuencias del terror de ETA, explicación que no evita del todo la pregunta del por qué no se ha sido capaz de superar ese miedo, en muchos casos, en algunos sectores amplios de la sociedad vasca no termina de ser verdadera la explicación.

En el último homenaje institucional a las víctimas quien habló en representación de la sociedad civil, el exrector de la EHU-UPV, Pello Salaburu, puso de manifiesto que la sociedad vasca tenía ante sí el reto de reconocer que había dejado de lado durante demasiado tiempo a las víctimas del terrorismo, que no había visto con claridad a los verdugos, que había ocultado, en sus efectos, la existencia del terrorismo de ETA.

No es verdad la tan manida frase que se ha escuchado en los últimos años de boca de algunos políticos nacionalistas como Ibarretxe que la mayoría de la sociedad vasca ha estado siempre contra ETA. En todo caso habría que matizar mucho esa afirmación. Porque partes nada desdeñables de la sociedad vasca han estado dispuestas a pensar que ETA tenía más razón que algunos políticos del PP y del PSE que fueron asesinados, que los asesinos eran más vascos que los asesinados, y por supuesto más vascos que los policías, guardias civiles y militares asesinados.

No se ha tratado solamente de que las víctimas familiares de los asesinados fueran ocultadas, siendo así sometidas a una segunda victimación, sino que durante demasiado tiempo se ha sentido en el nacionalismo más empatía con los chicos de

ETA que con los asesinados, más empatía con los verdugos que con las víctimas. Y han hecho falta muchos años y mucha valentía por parte de las asociaciones de víctimas para denunciar esa situación y provocar un lento cambio también en esas partes de la sociedad vasca.

Es cierto que ha habido, y desde el inicio de la democracia, grandes manifestaciones contra ETA. Así como ha habido condenas claras del terrorismo de ETA por parte de todos los partidos, y por supuesto también del PNV. Pero en el caso de las manifestaciones es preciso plantearse la pregunta de si quienes acudieron a ellas lo hicieron en todos los casos para poner de manifiesto su rechazo del terror de TA y su reconocimiento de las víctimas, asesinados y familiares, o si lo hicieron para apoyar al convocante, fuera un partido político o una institución pública y un líder.

Tiendo a pensar que lo último era lo preponderante, pues a manifestaciones y actos convocados por la sociedad civil, léase en este caso Gesto por la paz, la asistencia era infinitamente menor que en los otros casos. En el caso de las manifestaciones masivas ha habido más apoyo al convocante que a las víctimas.

Ha habido en la partes de la sociedad vasca comprensión hacia los violentos. Ha existido un ocultamiento activo de las víctimas, asesinadas y familiares. Sobre todo ha existido un mirar para otro lado, no querer dejarse incomodar por las víctimas y por su presencia pública porque obligaba a pensar sobre el comportamiento propio ante el terror de ETA y ante la realidad de las víctimas asesinadas y sobre los verdugos.

He llegado a tener incluso la sensación de que en el mundo nacionalista se estaba dispuesto a dar un salto en el vacío, el que va de pensar que para acabar con ETA era preciso asumir los principios de la territorialidad y de la autodeterminación,

con la consecuencia de proclamar, aunque fuera indirectamente que los asesinados estaban bien asesinados y que mereció la pena asesinarlos, a pensar que como se puede conseguir lo mismo, la territorialidad y la autodeterminación con ETA, ésta no ha existido, que ha sido un mal sueño o un invento de los enemigos de Euskadi. Y si ETA no ha existido, tampoco las víctimas, ni los asesinados ni sus familiares. Algo inadmisibile, pues significaría falsear totalmente la historia vasca marcada por el terrorismo y la existencia de víctimas asesinadas, e incapacitaría a la sociedad vasca para construir un futuro basado en la verdad, en la libertad, en la memoria y en la justicia.

En este sentido es importante recordar que la nueva Ley de atención a las víctimas aprobada por una amplia mayoría en el parlamento vasco la pasada legislatura habla varias veces de la necesidad de proceder a una deslegitimación política de las víctimas. El término político califica la calidad de las víctimas: son producto de un proyecto político. No fueron asesinadas por simple rabia, o por despecho, o por alguna otra razón o sinrazón. Fueron asesinadas por ser estorbo para la consecución de un fin político: una Euskadi independiente, autodeterminada y revolucionaria. La violencia de ETA ha sido siempre discriminada. Por eso es terror: sentar un precedente de violencia en pocos para atemorizar a muchos.

Pero es discriminada también porque no intenta atemorizar, aterrorizar a todos los vascos, sino sobre todo a los que se oponen, a los que no comparten su ideal para Euskadi. Cada asesinato es un monumento a la sinrazón de ese proyecto político que, para manifestarse y buscar su cumplimiento, ha necesitado asesinar. La deslegitimación política de la que habla la Ley de atención a las víctimas reclama poner de manifiesto una y otra vez la sinrazón del proyecto político que ha necesitado asesinados en busca de su cumplimiento.

Y todo ello obliga a la pregunta>: ¿dónde he estado yo durante todo ese tiempo, cómo es posible que en el seno de la sociedad vasca haya podido surgir ETA? La sociedad vasca tiene ante sí el reto de responder a esa pregunta.

3.- Las víctimas, las asociaciones y fundaciones dedicadas a la memoria de las víctimas han ganado una batalla importante: ahora todos quieren estar cerca de las víctimas, ahora todos dicen haber estado en contra de ETA, ahora todos abominan de ETA. Nadie se quiere quedar atrás en la carrera de mostrar su cercanía a las víctimas familiares ni en la carrera de presentar documentos que contienen protocolos de actuación.

Como digo, se trata de una batalla ganada, pero conviene que las asociaciones de víctimas no se duerman en los laureles, pues es preciso analizar detenidamente el contenido de las muestras de cercanía, de los homenajes y de los protocolos de actuación, pues podría ser que, bajo palabras y gestos bienintencionados y biensonantes, se encuentren contenidos no tan aceptables desde la perspectiva de la verdad objetiva de las víctimas, que no es otra que la de que en cada una de ellas ha quedado invalidado el proyecto que motivó su asesinato.

No es cuestión de que ahora las virtudes privadas sustituyan el significado político, es decir, público de las víctimas asesinadas. El cariño, la cercanía, el acompañamiento, todo el registro de sentimientos son necesarios, pero siempre como acompañantes del reconocimiento de la verdad objetiva de las víctimas asesinadas, y no como velo para ocultar dicha verdad.

También es aceptable, en un principio, la ubicación de la memoria de las víctimas asesinadas en un discurso de paz y de derechos humanos. Sin derecho a la vida, conculcado sin miramientos por ETA y sus acompañantes, no hay derecho humano alguno que valga. Pero la ubicación de la memoria de las víctimas asesinadas en el

marco de los derechos humanos no puede servir para inmunizar el fin que legitimó, y así fue causante de, los asesinatos, el proyecto nacionalista radical y revolucionario de ETA. La crítica del terror de ETA debe ser una crítica política, una crítica del proyecto que hizo posible que se produjeran los asesinatos. Una crítica que incluya la defensa de la libertad a la diferencia, la libertad de no aceptar identidades, sentimientos de pertenencia impuestos, de no aceptarlos como condición de ser sujeto de derechos cívicos. Una crítica que incluya la defensa del pluralismo como garantía de libertad, el pluralismo que permita a cada uno ser y sentirse vasco como le da la gana, hasta de no sentirse vasco sin que su condición de ciudadano vasco quede en entredicho.

Y los homenajes y protocolos de actuación se quedan en meras palabras, o lo que es peor, se convierten en instrumentos de ocultación, si no transparentan la verdad objetiva de las víctimas asesinadas, que no es otra, como ha quedado ya dicho, que el que en cada una de ellas ha quedado invalidado el proyecto político que las causó.

4.- El dilema del nacionalismo vasco tras las últimas elecciones autonómicas y los cambios que han provocado.

Convendría empezar hablando de lo que pone de manifiesto el comportamiento del nacionalismo vasco tras esas elecciones tratando de deslegitimarlas por la no participación de ETA/Batasuna. En ese comportamiento se pone de manifiesto que el PNV sigue en contra de todas las medidas, avaladas por el Tribunal europeo de Derechos Humanos, que han sido y siguen siendo efectivas en palucha contra ETA, en la defensa de la libertad. Según el PNV las últimas elecciones autonómicas no han sido legítimas porque no han participado en ellas los enemigos de la libertad!

El empeño máximo del nacionalismo del PNV en los últimos tiempos radica en un esfuerzo enorme por desvincular nacionalismo y violencia. Pero ese esfuerzo llega muy tarde, pues en la defensa del plan Ibarretxe el argumento principal ha sido, durante demasiado tiempo como para creer que no era el verdadero argumento, la necesidad de llevar a cabo dicho plan pues sólo así sería posible acabar con ETA, o mejor dicho: sólo así accedería ETA a dejar las armas, por haber conseguido su meta.

Si la violencia ha sido resultado de la existencia de un conflicto del pueblo vasco con España, con el estado, era preciso solucionar dicho conflicto para que desapareciera su consecuencia, la violencia. La solución del conflicto: reconocimiento de la territorialidad y del derecho de autodeterminación. Se puede y se debe formular la pregunta: ¿si ahora el PNV dice perseguir la solución de un conflicto que sigue existiendo como hasta ahora, pero para ello afirma que es necesario condenar la violencia, qué es lo que está diciendo? Que el terror de ETA puede dañar sin remedio la legitimidad de sus fines, que son los fines del nacionalismo del PNV. Y el PNV cree que después de la conexión que ha trazado él mismo a lo largo de todos estos últimos años entre conflicto y violencia terrorista, después de la oposición a todas las medidas efectivas contra ETA, después de más de ochocientos asesinados, cada uno de ellos testimonio de la sinrazón de los fines de ETA que han quedado enterrados con cada uno de los asesinados, bastaron condenar la violencia de ETA y ahorrarse cualquier otro esfuerzo de reflexión crítica respecto a su propio proyecto.

Pero no es posible: el PNV ha permitido, cuando no ha buscado, la legitimación indirecta al menos del terror de ETA. Ya es muy tarde para evitar la deslegitimación de los fines de ETA. Ya no es posible en Euskadi un proyecto

político como si ETA no hubiera existido. Porque ha existido, y para recordárnoslo ahí están las víctimas asesinadas y las víctimas familiares.

Es cierto que ha existido un nacionalismo no vinculado a la violencia terrorista de ETA: desde 1985 hasta 1959. Pero a partir la historia de terror de ETA y de la vinculación que ella ha establecido entre terror y proyecto nacionalista, sin que el PNV haya sido capaz de salir de esa vinculación, con un PNV que incluso ha llegado a establecer una relación de causa a efecto entre conflicto y terror, es necesario que el PNV reformule su proyecto nacionalista de forma radicalmente distinta al proyecto de ETA. Pero si su proyecto sigue vinculando paz y cambio de marco, si su proyecto sigue atado a los fines de ETA, es él mismo el que está vinculando, directa o indirectamente, su proyecto al terror de ETA.

El PNV cree poder combinar sin ningún problema la legitimación indirecta de ETA, aunque sea totalmente inintencionada, con la condena radical de la violencia terrorista de ETA. en esta posición se da una responsabilidad política que hay que exigir, sabiendo diferenciar siempre exquisitamente la responsabilidad política de la culpabilidad moral. Pero de la misma manera que es preciso cuidar mucho las palabras para no criminalizar *in toto* al nacionalismo, tampoco se puede permitir la inmunización de su proyecto afirmando que existe una condena clara del terror de ETA. El discurso de la legitimidad de todas las ideas y de todos los proyectos políticos si se defienden sin uso de la violencia es un discurso que busca simplemente la inmunización del proyecto nacionalista. Pero olvida que aunque no se use la violencia existen proyectos políticos que son contrarios a la libertad porque no garantizan las diferencias y complejidades internas de la sociedad vasca, porque se basan en la distinción de quienes son *de aquí*, y por lo tanto

elegibles y verdaderos vascos, y los que no son *de aquí*, y por lo tanto no elegibles y no verdaderamente vascos, vascos de segunda categoría.

Ya no es cuestión de pedir al nacionalismo que actúe desde la moderación y el pragmatismo. Su reto radica en que debe, por fin, extraer las consecuencias que se derivan de lo que sí afirma, de vez en cuando y sólo de boca: del pluralismo y de la complejidad de la sociedad vasca. No valen propuestas que aunque lleven el nombre de pacto, siempre son ofertas de pacto hacia fuera, y no ofertas de pacto hacia dentro. O lo que es peor: son ofertas de pacto hacia fuera con elementos que están dentro porque no los consideran de dentro, si no que los expulsan hacia fuera.

5.- Como conclusión quisiera subrayar que es posible la crítica del nacionalismo vasco, así como es posible y necesaria la crítica de todos los nacionalismos. Los nacionalismos que parten no de la nación política proclamada en la revolución francesa y en las revoluciones liberales, sino de la nación etnolingüística y cultural, y que en los estados nacionales integrales se han apoderado del todo del estado, implican siempre una dificultad para el reconocimiento de las diferencias y complejidades internas de las sociedades modernas.

No se trata de minusvalorar la identidad, o el sentimiento de pertenencia, o la lengua y la cultura. Sino de colocarlas bajo el principio de ciudadanía y bajo los principios del derecho. La traducción moderna de la matriz de todos los derechos políticos, la libertad de conciencia, sería la de libertad de identidad. Algo que es preciso defender porque demasiado se ha matado en nombre de determinadas identidades.